

# CUNNINGHAME GRAHAM EN LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS.

---

*José María Alberich Sotomayor*

---

En marzo de 1906, el escritor escocés Robert Cunninghame Graham (1852-1936) - a quien los españoles deberíamos conocer mejor, sobre todo en razón de su importante obra hispanística (1) - vino a Algeciras como corresponsal del *Glasgow Herald*. Su misión consistía en informar a los lectores de este periódico sobre las últimas sesiones de la famosa Conferencia que tanto influyó en los destinos de Marruecos. Quizás no era la primera vez que visitaba nuestra ciudad, pues había estado en Gibraltar mucho antes, en 1878, todavía soltero y desconocido como escritor; y a partir de 1890 viajó numerosas veces por España y Marruecos, haciendo de Tánger uno de sus lugares predilectos para pasar parte del invierno y combatir así su artritis crónica. No sabría yo decir si cada vez que viajaba a Marruecos pasaba Graham por Algeciras, pues me imagino que las comunicaciones a través del Estrecho no serían a principios de siglo tan buenas como ahora. Más probable parece que hiciese la travesía desde Cádiz, ciudad que además era la patria chica de su abuela materna y donde con toda verosimilitud tendría todavía parientes.

Pero éstos son detalles sin importancia. Conociere o no Algeciras (2), no cabe duda de que Graham estaba excepcionalmente preparado para el cometido que se le había confiado: hablaba español con soltura y fluidez, ya que había vivido en la región del Plata en sus años mozos; conocía el francés; aprendido en su infancia en un pensionado belga y confirmado por frecuentes estancias en París; y, sobre todo, tenía datos y experiencias de primera mano acerca del tema de la famosa Conferencia, es decir, sobre Marruecos.

Ya he dicho que Tánger no era solamente para él una estación turística, sino un lugar de prolongadas estancias. Allí llegó a formarse un círculo cosmopolita de amistades variopintas, entre las que figuraban, por ejemplo, el pintor animalista Crawhall, apodado "*Creeps*"; el diplomático español Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías; el sinuoso hombre de negocios Pepe Ratto, nacido en Mogador pero de probable origen gibraltareño; o el inefable "Bibi" Carleton, hijo de ingleses pobres,

educado por los franciscanos y graduado en todas las picardías de las calles tangerinas. Tánger albergaba entonces a representantes de numerosos países, incluso de naciones imaginarias, aventureros que se autodesignaban ministros plenipotenciarios de Patagonia, Araucanía u otros estados igualmente fabulosos (3). Allí podían observarse, pues, no solamente la vida y costumbres de los moros, sino su forma de reaccionar a los intentos de penetración europea que entonces se hacían cada vez más acuciantes, sobre todo con objetivos comerciales y aprovechándose de la revuelta situación política.

Graham aplicó su arte a la realidad marroquí para producir hermosísimos *sketches* o cuentos, entre los que cabe destacar estampas de una vividez tan deslumbrante como "At the River", "A Hegira", o "Mektub" (4). Y no todos estaban escritos desde el cómodo puesto de observación tangerino: en 1898 se publicó *Mogreb-el-Aksa*, una de las obras maestras de la literatura de viajes de su época, aclamada como tal por Bernard Shaw, Conrad y el resto de lo que podríamos llamar la "progresía" inglesa de esos años. En ese libro se narraba una verdadera aventura de su autor, una atrevida expedición al interior de la región del Sus, hacia la legendaria ciudad de Tarudant, donde hacía años que no había pisado ningún cristiano. Viajaba con un intérprete sirio, disfrazado (Graham, no el sirio) de jeque y bajo el nombre supuesto de Mohammed-el-Fasi. Graham nunca llegó a Tarudant, pues se lo impidió el gobernador de la zona, el Caid de Kintafi, que lo retuvo prisionero hasta que las reclamaciones diplomáticas lo pusieron por fin en libertad. Este fracaso se debió en gran parte a la suspicacia de las autoridades marroquíes, alertadas por el reciente intento de un tal Spilbury, quien había tratado de vender armas y géneros de algodón a algunos jefecillos del Sur poco afectos al Sultán (5).

Cunninghame Graham, siguiendo la tradición de no pocos ingleses, era un maurófilo empedernido, y no un maurófilo superficial a lo Chateaubriand o a lo Washington Irving, sino de verdad y de corazón. Admiraba las formas



Don Roberto Cunninghame Graham a la edad de 34 años (1886).

de vida islámicas y abominaba de todos los colonialismos. Para él, la rapacidad comercial de los europeos, amparada en una política intervencionista e hipócritamente "civilizadora", no podía tener más que efectos catastróficos para Marruecos. La sociedad magrebí -escribe al director del *Daily Chronicle* desde su mismo encierro en Kintafes todavía "una Arcadia injerta en feudalismo o un feudalismo empapado en Arcadia" (6). En otra ocasión sostiene que Marruecos, donde cada hombre labra su huerta, despacha en su tienda o trabaja en su propio taller de artesano, está más cerca del verdadero socialismo que Inglaterra (7). Colonizar un país así sería causar la degradación de sus habitantes, hundirlos en la esclavitud, el alcoholismo y la prostitución en nombre de un mal entendido progreso. No hay que olvidar que el todavía

## Viajeros

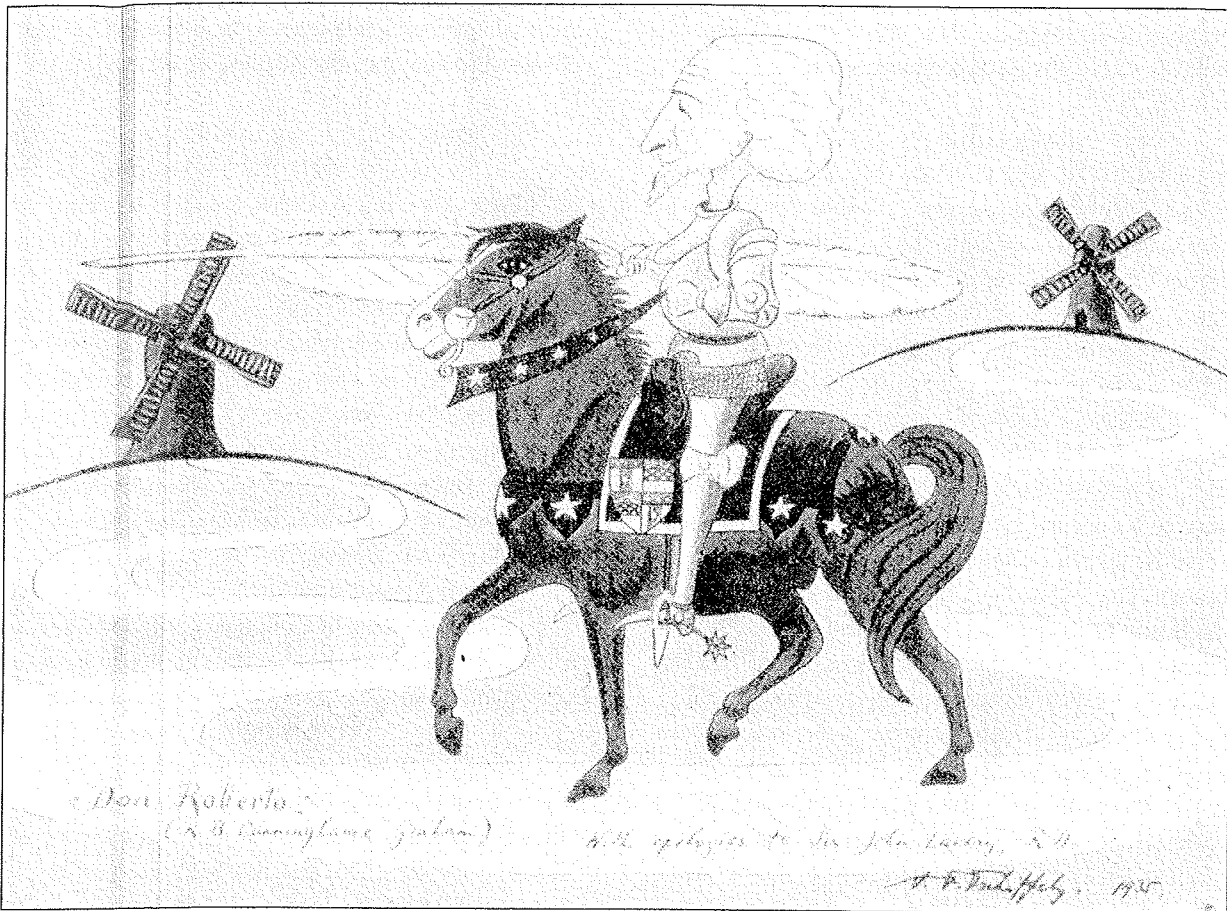
reciente y terrible ejemplo del Congo Belga había suscitado en muchos intelectuales europeos un sentimiento de revulsión frente al colonialismo, precisamente en una época en que las potencias occidentales se disponían a repartirse lo que quedaba de África por las buenas o por las malas, corriendo a veces el riesgo de graves enfrentamientos entre ellas mismas. Como es sabido, la propia Conferencia de Algeciras, instigada por el Káiser, fue en gran medida una maniobra diplomática encaminada a dirimir los recelos de Alemania sobre su vecina Francia sin tener que recurrir a la guerra (8). Nuestro escritor se aprestaba, pues, a cubrir periódicamente dicha conferencia desde un ángulo insólito entre los demás corresponsales, es decir, desde el punto de vista de un maurófilo que no sólo condenaba toda injerencia en los asuntos marroquíes, sino que idealizaba lo que los europeos llamaban su “atraso” para elevarlo a la categoría de una superior sabiduría vital. Lo curioso es que Graham también cayó en la tentación de querer comerciar con los magrebíes. Primero quiso establecer un negocio de compra de alfombras antiguas para vender en Inglaterra, y a fines del siglo intentó que se le hiciesen concesiones para traficar con Marruecos y con el África portuguesa y española, para lo cual recabó el asesoramiento del mencionado filibustero Spilbury (9). Pero su corazón no estaba en estas empresas crematísticas, para las cuales, además, nunca tuvo mucha aptitud. Su corazón se abría al colorido y la espontaneidad de la vida magrebí -a ese mismo colorido que Baroja encontraba “teatral”- (10), al primitivismo de sus luchas y sus diversiones, a la belleza, en suma, de un mundo situado en los antípodas de la fealdad que caracterizaba la civilización del Norte de Eúropa. En un artículo titulado “*Tánger la blanca*”, Graham sintetiza este contraste en la oposición entre el roble y la palmera. La palmera, elegante, esbelta, símbolo de la indolencia pero también de la armonía en la curva de sus palmas, nos infunde serenidad y goce reposado de la vida; el roble, siempre retorcido y sacudido por el vendaval, nos recuerda en cambio la incesante y fútil actividad del hombre civilizado. Para Graham, los españoles, y sobre todo los españoles del Sur, éramos moros imperfectamente cristianizados y con una parecida filosofía de la vida, como

he mostrado en otro lugar (11).

Éstas eran, pues, las convicciones del corresponsal que partió de Madrid un frío día de marzo de 1906, con nieve en las calles, para arribar a Algeciras después de un largo “*trek*”. El Oxford Dictionary define “*trek*” como “*viajar en carreta de bueyes...avanzar lentamente*”, y Graham utiliza precisamente esta palabra, añadiendo entre paréntesis que no se puede emplear otra, a pesar de que -suponemos- vendría por la línea férrea Bobadilla-Algeciras (12), ya inaugurada mucho antes, en 1892. Desde nuestra ciudad envía al *Glasgow Herald* dos crónicas (13), la primera de las cuales se titula -bien significativamente- “*European Histrionism*” y comienza en estos rotundos términos:

*“El telón está a punto de caer para poner fin a la mayor exhibición de histrionismo europeo que el mundo haya visto nunca. Las águilas -o tal vez deberíamos decir los buitres- se han reunido, pero por lo visto no tienen ningun cadáver que devorar. Los representantes de las diversas potencias han pasado dos meses hablando, y haciendo un gasto descomunal, precisamente cuando en toda Europa hay multitud de obreros en paro que claman por trabajo y pan.”*

Cuando llega Graham a Algeciras la Conferencia está a punto de terminar: se han alcanzado los acuerdos que se podían alcanzar, y sólo queda redactar un documento final aceptable para los signatarios. Pero nuestro maurófilo no se cuida de informar a sus lectores de estos puntos concretos. Tal vez la dirección del periódico tampoco espera eso de él, pues en la misma página donde se estampa su artículo aparecen telegramas de la agencia Reuter informando de los acuerdos logrados en materia de aduanas, obras públicas, policía y participaciones en la futura banca marroquí. Graham se plantea cuestiones mucho más radicales, y que quizás el lector no se había planteado nunca, a saber: ¿quién va a creer que la Conferencia de Algeciras fue convocada por el bien de los “*pobres moros*”? ¿Quién va a creer que éstos quieren una policía extranjera



Caricatura de Don Roberto por Tschiffely 1935.

con oficialidad alemana, o francesa, o española? Nadie se llame a engaño cuando las naciones occidentales se proponen “civilizar” a unos supuestos salvajes: piénsese en lo que ocurrió en China el siglo pasado, o en la reciente matanza de moros de Joló por los norteamericanos. La dinámica del poder es la misma cada vez que se enfrentan pueblos que saben “fundir cañones” y que tienen ejércitos y navíos, reyes, diplomáticos y parlamentos, con grupos de tribus “más o menos incivilizadas” y gobernadas por “un joven mulato, cuya única diversión consiste en comprar automóviles, cinematógrafos y otras maravillas de nuestra civilización que no le sirven para nada ni a él ni a su pueblo”, es decir, el sultán Abdul Aziz IV, que Graham retrataría poco después en su magistral sketch “At the

River” (1908). De un lado, todo lo bueno: orden, seguridad, elegancia, progreso; del otro “nada más que la belleza personal, el caballo, el camello, la libertad y el hecho de que, aunque muchos sufren necesidad, nadie muere de ello”.

El primer artículo concluye con la acertada reflexión de que el verdadero fin de la Conferencia ha sido evitar una guerra entre Francia y Alemania. España se ha beneficiado “de manera desproporcionada a su influencia” al conseguir compartir con Francia el control de la policía. Marruecos debe aprovechar el respiro que se le concede para poner fin a sus disensiones internas, pues de otra manera se verá invadido y repartido “entre los medos y los persas”, que

## Viajeros

es lo que ocurrió al fin en 1912 cuando Francia y España lo dividieron en dos zonas de protectorado.

Pero estoy anticipando las cosas, pues esta comunicación lleva en su centro todo un largo epígrafe titulado *“Algeciras the Ancient”* y dedica más espacio a nuestra ciudad que a la Conferencia. El autor observa que ningún otro corresponsal inglés, francés ni alemán se ha tomado la molestia de describir el sitio donde se ha celebrado, esta *“deteriorada población andaluza de contrabandistas y pescadores, a cualquiera de los cuales se puede elegir como modelo para pintar un San Pedro, un Santiago, un San Juan o algún otro de aquellos que secaban sus redes en las playas de Galilea”*. Graham se dispone a remediar este olvido de los otros reporteros, comenzando por manifestar su ignorancia de nuestra historia, pues supone que la ciudad ha cambiado poco desde que la conquistara Don Alfonso XI en 1344. Su pintura es irónica, e incluso sarcástica, pero también afectuosa: Graham encuentra en Algeciras una paz idílica que contrasta con el ajetreo efímero de la Conferencia, a pesar de que ésta ha traído a la ciudad una afluencia de dinero inusitada, pero absorbida mayormente por los fondistas, y una nube de mendigos cojos y ciegos que han acudido, atraídos por la concurrencia, *“o tal vez por sentir cierta afinidad espiritual con los diplomáticos”*. Físicamente es la misma ciudad que yo conocí en mi niñez, pero el retrato de Graham tiene ahora valor histórico:

*“Sinfonía de ocre y blancos, con casas cegadoramente encaladas y tejados de un pardo rojizo, Algeciras sonríe a través de la bahía a Gibraltar, que se yergue al otro lado, gris, moderno y belicoso, con sus flancos de roca entrecortados por mil caminos militares. Trigales y más trigales, encerrados por anchos setos, entre los cuales serpentea un acueducto en ruinas como si fuese una amarillenta serpiente mutilada, rodean la ciudad. Tras ellos se levantan unas colinas parduscas, salpicadas de jaras, retamas y aulagas, cortadas por las lluvias invernales con hondas barrancas, que aquí llaman ‘gargantas’. El mar casi toca el pie de las casas, acariciándolas mansamente. Mientras escribo esto, una*

*bandada de delfines juguetea perezosa, como si fuese una punta de caballitos Shetland correteando en un prado.”*

La iglesia ocupa el mismo sitio que la antigua mezquita -como no podía dejar de observar el maurófilo Don Roberto -, en lo alto de una colina, y las casas se agrupan a su alrededor, formando calles empinadas que se precipitan hacia la playa o hacia el río de la Miel . Al escritor le gusta esto, pues permite ver, desde el centro del pueblo, el mar y el monte, espacios abiertos, expresivos de libertad y de vida. En contraste, los sólidos portalones, bien claveteados, y las inevitables rejas andaluzas separan a los amantes de sus mujeres, acentuando así los encantos de éstas, y manteniéndolas virtuosas. El puente que luego fue sustituido por el llamado de la Conferencia le recuerda los antiguos puentecillos de las tierras altas de Escocia, y sirve - según él -, más que para unir las dos márgenes del río de la Miel, para obligarle a uno a andar medio kilómetro cada vez que quiere echar una carta o comprar un sello. Hay chiquillos por todas partes, como si las escuelas no existieran -observa Graham- y sus madres les chillan sin cesar y sin que los niños les hagan ningún caso.. ¿Qué más hace falta para que Algeciras sea un pueblo feliz, en la estimación de nuestro reportero, incluso sin Conferencia? Pues el cante flamenco, que practican los pescadores mientras remiendan sus redes en la Marina, *“con voces chillonas y discordantes como las de los grillos, sin ritmo aparente”* ,pero con melodías que cautivan nuestra imaginación y nos hacen, a la larga, blasfemar de Wagner y de Beethoven. Pocos años antes, en *“Aurora la Cujíñi”* (1898), Graham había ponderado también el misterioso atractivo de ese cante andaluz, *“que más parecía aullido de lobo que canto”*, del cual, sin embargo, afirmaba que *“poco a poco su rareza penetraba en el alma y la estremecía hasta los tuétanos”*, concluyendo: *“El que ha oído esta música encuentra después sosas y aburridas todas las otras músicas”* (14).

El último párrafo de la crónica remata con una nota irónica, muy de Don Roberto, esta visión arcádica, tan impropia ahora de la Badalona o el Mataró meridionales en que hemos transformado a nuestro pueblo:

"Esta crónica la llevará al correo un niño sucio montado en un burro esquelético. En mi próxima comunicación espero tratar de los trabajos de la Conferencia, así como del físico y otras características de los plenipotenciarios...si es que el chiquillo no se cae al río de la Miel."

La segunda crónica, titulada "A Babble of Futile Talk" ("Un rumor de chácharas vanas"), no trata de Algeciras, pero es casi tan subjetiva y pintoresca como la primera, e igualmente inútil para enterarse de lo que estaba ocurriendo en las sesiones de la calle del Convento. Lo que sí vemos ahí es, una vez más, la actitud hiperbólica y disconforme de Graham, quien comienza por recordar que el sultán de Marruecos, como con vocante oficial de la Conferencia, se reservó el derecho de rechazar o aceptar sus propuestas, haciendo hincapié en que el papel de la asamblea era meramente consultivo, en vez de lo cual las potencias representadas se han dedicado a dictar sus decisiones a los marroquíes, sin prestar atención a los requerimientos de éstos y atribuyéndose poderes que no tenían en estrictos términos de derecho internacional. Su autoridad descansa en las bayonetas. Si los moros no aceptan las conclusiones, Francia encontrará un pretexto para declarar la guerra al sultán, "por supuesto con el fin de restablecer el orden y defender el progreso, la virtud y la civilización, así como para sostener la

causa de los agentes de bolsa, de las cervecerías, de los 'music halls' y de otras pompas y vanidades típicas de la vida moderna en los países cristianos". La alegación de que el Magreb se encuentra en un estado de anarquía es, según Graham "monstrously untrue". Desde hace año y medio, ni el sultán ni el pretendiente han ganado ni perdido terreno; las vidas de los europeos, que habitan todos en Tánger o sus cercanías, no han corrido peligro. Ni siquiera se han interrumpido sus deportes favoritos, es decir, la caza de la perdiz o del jabalí. Por otro lado, imponer a Marruecos, un país en bancarrota, el exorbitante coste de una policía de 2.000 hombres, con un Inspector General suizo que cobrará 30.000 francos al año, es una manifiesta injusticia. Mas al fin los marroquíes tendrán que agradecer a Alá el haber podido conservar su independencia, al menos hasta la próxima asamblea de "sabios, reverendos y poderosos hombres de estado que se reúnan para mostrar la sequedad de sus cerebros o la dureza de sus corazones".

Aquí termina el subjetivo reportaje de aquel pelirrojo Don Quijote que se llamó Robert Bontine Cunninghame Graham, tan español en sus gustos y en sus juicios de valor, pero apasionado, aún más que de los españoles, de los "hermanos" de allende el Estrecho. Valedor casi solitario de sus derechos ante una Europa mercantilizada y belicosa, ¿qué habría escrito hoy al ver en las playas de Tarifa esas trágicas pateras desfondadas?

### NOTAS

1. Me he ocupado de ella en un largo artículo, ya antiguo, "Un hispanizante olvidado: R.B. Cunninghame Graham", en *Arbor*, nº. 269 (mayo de 1968), págs. 47-67 y nº. 271-272 (julio-agosto 1968), págs. 325-343. La mejor biografía de Graham es la de Cedric Watts y Laurence Davies, *Cunninghame Graham: A Critical Biography*, Cambridge University Press, 1979. Una buena selección de sus escritos es la compilada por A.F. Tschiffely, *Rodeo*, Heinemann, Londres 1936.
2. Es muy probable que la conociese antes de 1906, pues en "Tánger la blanca" (en *The Ipané*, Londres 1899) alude de paso a Algeciras "la isla verde (El Jezirah el Hadara), de la que toma su nombre, varada a través de su puerto como una enorme ballena".
3. Véase su "Fin de race", en *Writ in Sand*, Heinemann, Londres 1932.
4. El primero y el tercero figuran, traducidos por mí, en R.B. Cunninghame Graham, *De la Pampa al Magreb*, Universidad de Sevilla 1990.
5. Graham se ocupa de la expedición del mayor Spilbury en el Apéndice C de *Mogreb-el-Acksa*, Heinemann, Londres 1898.

## Viajeros

6. *Mogreb-el-Aksa*, pág. 311.

7. Cit. por Watts y Davies, *Ob. cit.*, pág.103.

8. Ver, por ejemplo, Sir Charles Petrie, *Diplomatic History, 1713-1933* (Londres 1946), págs. 295 y sigs.

9. Watts y Davies, *Ob. cit.*, pág.122.

10. Véanse las crónicas que Pío Baroja escribió desde Tánger para *El Globo* en 1903, recogidas en *Obras Completas* (Biblioteca Nueva). VIII.Págs. 813-825. Baroja conoció poco después a Cunninghame

11. Véase mi discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de próxima publicación en el *Boletín* de dicha institución. Es curioso que algunos años más tarde, Ramón J. Sender también considerase al moro “*el hermano de Africa, gemelo del español primitivo y hermano mayor del auténtico español moderno*” (*Imán*, Destino, Barcelona 1983 [1930], pág. 295).

12. Véase F. Tornay de Cózar, “Cien años del ferrocarril Algeciras-Jimena”, en *Almoraima*, nº. 3 (abril 1990), págs.63-78.

13. Fechadas el 23 y el 26 de marzo y publicadas el 2 y el 5 de abril respectivamente. Como es sabido, la Conferencia terminó el 7 de abril. Debo las fotocopias que me han permitido leerlas a la amabilidad de mi llorado amigo el Profesor David A. G. Waddell, de la Universidad de Stirling, recientemente fallecido.

14. *De la Pampa al Magreb*, pág. 132.